

Notas bibliográficas

Juan ÁLVAREZ DELGADO [y Luis DIEGO CUSCOY].—“Excavaciones arqueológicas en Tenerife, [La Gomera y El Hierro] (Canarias). Plan nacional 1944-45 [y 1946]”. Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Informes y Memorias, núm. 14.—Madrid, 1947, 192 páginas + XIX láms. 4º.

Acostumbrados como estábamos en España a que la realización de trabajos arqueológicos, incluso (cuando patrocinados por entidades solventes y realizados por personas competentes, raras veces alcanzaba publicación adecuada, incluíamos en esta Revista noticias lo más completas posible de las excavaciones prehistóricas que en Canarias se venían realizando. Es sabido, lo hemos dicho otras veces, que este género de trabajos ha entrado aquí en una nueva y fructífera época con la organización de las Comisarías Provinciales de Excavaciones Arqueológicas, filiales de la Comisaría General desempeñada en Madrid por el Dr. Julio Martínez Santa-Olalla. Pero este Comisario General comprendió enseguida, como nosotros, que la excavación sin la publicación era un trabajo incompleto y a veces contraproducente. Así que desmintiendo nuestro pesimismo, fruto de la experiencia anterior, ha lanzado una espléndida serie de volúmenes en los que se recoge dignamente el proceso y el resultado de la labor hecha por las Comisarías Provinciales. Comentábamos (ha poco con el elogio que merece el primer volumen correspondiente a Gran Canaria. Ha llegado ahora a nuestras manos otro semejante con la labor de la Comisaría de la Provincia de Santa Cruz de Tenerife, que es el que arriba enunciamos y vamos a comentar para nuestros lectores.

Comenzaremos por la portada, que contiene varias omisiones que, por nuestra cuenta, hemos tratado de obviar al copiarla. Acaso por razones de jerarquía, figura solo como autor el Comisario provincial D. Juan Álvarez Delgado, que, desde luego, como tal es quien autorizó las memorias que constituyen el libro. Sin duda en el prólogo hace constar el Comisario lo que ya saben nuestros lectores por las informaciones que dimos en

otras ocasiones (1), que "el alma de muchos de estos trabajos y muchas veces su ejecutor material ha sido el Secretario y colaborador de esta Comisaría D. Luis Diego Cuscoy". Pero como no sólo es esto cierto en una mayoría de casos, sino que incluso la redacción de los informes se debió en estas ocasiones al mismo arqueólogo, hubiese sido no ya justo, sino científicamente conveniente, que ello hubiese constado explícitamente desde la cubierta. Si razones legales, que no se nos alcanzan, lo han impedido, ellas son de lamentar. Y decimos eso sin ánimo de disminuir la parte que personalmente tiene en la obra el Comisario Juan Alvarez.

Hemos añadido también los nombres de las dos islas de La Gomera y El Hierro, adonde se han extendido en mayor o menor grado los trabajos de la Comisaría, además de la de Tenerife, única que se ha inscrito en el título original. Muchas veces hemos insistido en que es preciso en arqueología canaria (lo mismo sin duda que en etnología y aún en simple folklore) no confundir los hechos de una isla con los de cada una de las otras, cosa que los arqueólogos europeos y muchos escritores insulares olvidan continuamente, si alguna vez se han percatado de ello (2). Así, aunque hubiese sido fácil salvar la omisión de esas islas cambiando Tenerife por Santa Cruz de Tenerife, nombre oficial de la "provincia", no nos satisfaría esto tampoco, porque, al fin, sería confundir en un nombre solo cosas independientes (3). Finalmente, el título es también corto por lo que hace a las fechas, pues, en realidad, el libro contiene la actividad de la Comisaría desde 1944 hasta 1946 inclusive.

En aquellos resúmenes a que antes nos referíamos dados en estas páginas tuvimos ocasión de exponer el resultado de alguno de estos trabajos ahora publicados, los de 1944, que son principalmente los referentes a la exploración de los poblados guanches de Barranco Cabrera y de los Riscos de Tacoronte, por Diego Cuscoy, y la prospección de Alvarez Delgado en El Hierro, con determinación de los famosos Santillos de los Antiguos, mencionados por Abreu Galindo. De unas y otras cosas se hace ahora una exposición completa y sistemática (4), si bien todo lo referente a los enigmáticos letreros de esta isla del Hierro se omite con propó-

(1) Por ejemplo. E. SERRA, *La Arqueología canaria en 1944*, II, *Revista de Historia*, XI, 1945, págs. 268-274.

(2) Así en el último número, el 68, de "Archivo español de Arqueología", *Notas sobre asas-pitorro...*, pág. 210 y sigs.

(3) Aparte la molesta confusión de la ciudad-capital con el territorio provincial, a la que ya estamos habituados desgraciadamente los españoles, que oímos sin protesta dislates como "en Oviedo ha sido cazada una manada de osos" o que "en Burgos se ha inaugurado un puente sobre el Duero".

(4) De la exploración arqueológica en El Hierro, en 1944, dió su autor, ALVAREZ DELGADO, una reseña completa en estas mismas páginas en el trabajo titulado *Ecero*, *Revista de Historia*, XI, 1945, págs. 408-416, y XII, 1946, págs. 10-16.

sito de reservarlo para una Memoria especial que, a la verdad, sería prematura mientras no se puedan dar reproducciones completas e impcables de esos monumentos epigráficos.

De esos trabajos de 1944, tan importantes ya, no diremos más ahora para economizar espacio. Pasaremos a ver los realizados luego en Tenerife, generalmente por el mismo Luis Diego Cuscoy. Unos son exploraciones sistemáticas de lugares donde los antiguos guanches habitaron o frecuentaron, mientras otros derivan de hallazgos casuales. De los primeros hay que mencionar la prosecución del estudio de los poblados y necrópolis guanches y la de la zona de las Cañadas del Teide, de caracteres naturales y humanos particularísimos. En 1944 se exploró cuidadosamente un poblado de acantilado de costa y otro de barranco con sus respectivos depósitos funerarios. Se siguió ahora la exploración costera desde donde se había abandonado, la Punta del Viento, hacia el N. hasta Tejina. Esta zona es la correspondiente a Valle Guerra, donde el alto y continuo acantilado sobre la costa es sustituido por un declive moderado que sólo deja junto a la orilla peñas y roquedales aislados. A este cambio de condiciones naturales acompaña un cambio en la vivienda guanche que se rarifica; primero, en una zona de transición, siguen las cuevas-vivienda integrantes del mismo poblado de los Riscos de Tacoronte, pero por ser ésta zona de pastos han sido totalmente arrasados los yacimientos al aprovechar las cuevas como corrales. A continuación, en las hoy ricas tierras de cultivo desaparece toda huella de vida indígena junto al mar por largos espacios. Solamente en mitad de esta línea estéril, ocupando menos de un kilómetro en un sector de costa fragosa, aunque baja, reaparecen las cuevas de habitación guanches en número comprobado de diez, cuya proximidad denuncia el terreno cubierto de menudos fragmentos cerámicos. Alguna de ellas conservaba su piso arqueológico, pero los hallazgos habituales se hallaban en la superficie y debajo quedaba un grueso estrato estéril. Al parecer ninguna habitación guanche fué jamás abandonada (hasta la conquista) desde que por primera vez se aprovechó y es imposible separar niveles sucesivos. Y esto es ya lo único que puede interesarnos, vista la uniformidad del pobrísimos ajuar guanche. Se identificaron igualmente algunas cuevas funerarias pero ya totalmente vaciadas, salvo las obligadas cuentas de collar y algún objeto de hueso.

El barranco ahora estudiado fué el de Milán, debajo de Tejina. Su inmediato de las Cuevas, no parece que fuese aprovechado acaso por carecer de agua a diferencia del otro, continuación del de Tegueste, núcleo indígena conocido de los conquistadores. El poblado se inicia con dos cuevas sepulcrales y luego se pudieron identificar ocho más de habitación. De éstas una sola conservaba parte de su estrato, por descuido de los buscadores de "guano"; y en este caso el nivel humano, siempre único, venía recubierto por otro estéril formado por los desprendimientos del conglomerado del techo. Su potencia respectiva no es dato indiferente. El grue-

so total alcanzaba 1'75 m. Una de las cuevas sepulcrales de Barranco Milán, aunque profanada, ofreció un dato interesante. A menudo en las cuevas sepulcrales se encuentran las cuentas de collar típicas de Tenerife, concentradas en determinadas zonas del piso de las mismas. Esto puede ser debido a la inclinación de dicho piso, pues es claro que esos discos o cilindros tienden a rodar en cuanto los suelta la rotura de la hebra que los sostenía; otras veces puede agruparlos el campesino al cribar la tierra para separar del guano las piedrecitas inútiles. Pero cuando no se dan estas circunstancias el hecho es interesante. En la cueva de que tratamos ahora hay una recámara o nicho separada por un zócalo del resto; pues bien, todas las cuentas de collar y los fragmentos de piel gamuzada, envoltura de las momias, procedían de este nicho, aunque gran parte del resto de la cueva estaba también destinado a necrópolis. La momificación y los collares de cuentas ¿estarían reservados a determinada categoría de difuntos? ¿Hay que interpretar de este modo otros casos de concentración de cuentas? (El Becerril, por ejemplo).

En las Cañadas las pacientes búsquedas de Diego Cuscoy se han hecho especialmente en Cañada Blanca y en la de Pedro Méndez. Se trata, al parecer, de majadas temporales en busca de pastos de verano. Lo más llamativo, que ha castigado el lugar con los buscadores espontáneos, es la frecuencia de hallazgos de grandes gánigos enteros, destinados a guardar agua y que los pastores guanches escondían en rendijas del malpaís volcánico, donde muchos quedaron olvidados. La Comisaría ha obtenido algunos de hasta 28 centímetros de alto y cremos no son los mayores hallados. También en las Cañadas hay una importante cueva sepulcral, la del Salitre, en Montaña Rajada. Lo que da a esta cueva carácter único es la cantidad de troncos en ella almacenados, entre los que hay esencias rarísimas hoy, como la sabina y el cedro de Canarias. Estas maderas parece no tenían otro objeto que acondicionar los cadáveres. Aunque su abundancia, a diferencia de otras cuevas funerarias, puede en parte explicarse ya por la sequedad del clima de altura, ya por la vecindad en otros tiempos, de abundante arbolado, este extraordinario acopio y la presencia de pieles preparadas procedentes de momias, relacionado con lo que acabamos de decir a propósito de la necrópolis de Barranco Milán, nos lleva a discrepar de la primera de las conclusiones de Cuscoy respecto de esta cueva del Salitre (pág. 59). No cremos que respondiese a una necesidad temporal y más bien sospechamos si sería un panteón excepcional, uno de esos famosos enterramientos de menceyes de que nos habla la tradición, hoy naturalmente destruidos.

Entre las exploraciones motivadas por intervención urgente en hallazgos casuales son de mencionar la de la necrópolis del Becerril, que sólo en 5'50 por 2'50 mts. dió 50 cadáveres en tres capas superpuestas, y la del Llano de Maja, en el interior de una enorme bomba volcánica. Esta había sido casi totalmente vaciada, pero para facilitar el descenso a su

interior los expoliadores respetaron un rincón que ahora, junto con la singular disposición del conjunto, ha dado todavía interés a la necrópolis. Dió, en efecto, un enterramiento provisto de un completo ajuar funerario, en el que se destacan, por nuevos, un cabezal de madera y una colección de balas de piedra, una de ellas perfectamente pulida y otras desbastadas. La mayoría de los cráneos del Becerril pudieron conservarse y éstos y otros nos hacen desear que algún competente proceda a su medición, en forma cotejable con Falkenburger, por ejemplo, para poner a contribución estos materiales antropológicos muy olvidados en esta isla. Nuestros posibles aficionados suelen preferir, desgraciadamente, las anomalías óseas, de escasísimo interés.

A la isla de La Gomera fué Cuscoy a hacer apenas una cata: exploró una zona de concheros y una pequeña cueva sepulcral (5). Una y otra dieron un cuadro del todo análogo a sus parejas de Tenerife (incluso el murete de cierre en la cueva); pero faltaban aquellas cosas que son privativas de los guaraches: las tabonas de obsidiana y las cuentas de collar. La Gomera merece un estudio detenido como cada una de nuestras islas, pero las perspectivas previas son de una pobreza arqueológica mayor todavía que la de Tenerife.

Como continuación de la visita al Hierro hecha por el Sr. Alvarez Delgado en 1944, se hizo el viaje de estudio del verano de 1946, al que concurren ambos arqueólogos. El viaje fué especialmente afortunado: en el tiempo limitado que suponen todos los viajes se excavó una cueva, ya vista por Alvarez, en los Santillos, se localizaron y excavaron tres cuevas sepulcrales y se reconoció detenidamente la comarca del Júlan, la de los famosos letreros. La cueva de los Santillos, en forma de pozo, dió pruebas de habitación por lo menos temporal y en ella, entre los "tíñiques" de un hogar, se halló la primera cerámica herreña. Aumenta su interés el lugar, junto a las rocas sagradas, en que se abre.

Dos de las cuevas sepulcrales de la costa de Taibique son el único resto de un poblado de acantilado, análogo a los de Tenerife, destruido, al parecer, en su mayor parte por el desplome de los riscos. Una de ellas, la de la Punta Azul, dió un resto de estrato arqueológico. En fin, la cueva sepulcral de Azofa, cerca de la fuente casi única de la isla, puede decirse que se halló intacta, y dió idea completa de esta clase de estaciones en El Hierro; si bien presentaba el lecho de troncos de sabelina en la base del yacimiento y otras características observadas igualmente en cuevas de Tenerife, no se mencionan cerámica ni señales de momificación, cosas ambas de las que se habla, en cambio, a propósito de las cuevas de Taibique.

La región del Júlan forma el conjunto más interesante de la arqueología herreña y desde luego nada parecido ofrece Tenerife. Aparte de los

(5) De esta última dió completa noticia en *Revista de Historia*, XII, 1946, págs. 252-259, *La cueva sepulcral de la "Degollada de la Vaca"*.

letreros, conocidos desde que los reveló Aquillino Padrón en 1874, lo que se estudia ahora es un "tagóror", un conchero, una serie de "taros" (puestos vigías), "aras", de interesante disposición, y todavía una cueva megrópolis, aunque expoliada, no mencionado por otros visitantes. Todo ello forma un complejo difícil de interpretar con precisión, pero del que se desprenden preocupaciones superiores entre aquellos aborígenes, de las que las inscripciones son una parte; pues desde luego hay que rechazar su supuesto origen independiente de la sociedad indígena. Varios de estos restos habían sido mencionados con anterioridad, pero un estudio de ellos no fué realizado hasta esta provechosa visita arqueológica de la Comisaría Provincial.

Todavía se incluye en el libro un estudio de las cuentas de collar de tierra cocida, típicas de Tenerife, tema sobre el cual remitimos al lector a un trabajo análogo publicado por Diego Cuscoy en estas páginas (6). Como se ve, a pesar de la natural pobreza arqueológica de las islas estudiadas, los trabajos de la Comisaría en estos tres años forman un conjunto imponente, todavía mayor si imaginamos el esfuerzo invertido, aun siendo tan notables los resultados. En manera alguna debe suspenderse esta empresa: sin hablar de la isla de La Palma—un mundo arqueológico por sí sola—, las tres islas estudiadas esconden todavía muchos secretos; la cuevas de Tenerife han de ofrecer algún día clara estratificación, La Gomera sólo ha dado unas muestras y El Hierro necesita una publicación que merezca este nombre de sus grabados y el indispensable complemento arqueológico que permita imaginar la vida de esos interesantes bimbaches. ¿Quién nos asegura que vivían solamente en cuevas?

El juicio de la labor realizada es, pues, francamente favorable; también lo es el de su publicación. Aun así, a fuer de críticos minuciosos vamos a hacer algunas observaciones. Una ya la formulamos a propósito de la publicación de Jiménez Sánchez para Gran Canaria: la distribución del estudio en numerosas memorias sueltas anuales perjudica su lógica coordinación. Otra: la ilustración aquí va repartida en dibujos en el texto que es donde son más útiles y láminas al final, ambas cosas en buena cantidad; pero está distribuída muy desigualmente (las primeras memorias casi carecen de gráficos, tampoco se ven esos cabezales ni esas balas pulimentadas...) Los mapas de localización, muy oportunos, todavía deberían completarse con diseños a mayor escala de cada poblado estudiado. Diego Cuscoy muestra la misma repugnancia a numerar sus cuevas que Jiménez Sánchez sus casas canarias; así no es posible localizar exactamente los hallazgos y esto puede ser necesario en cualquier caso. Facilitaría además enormemente el registro de estos hallazgos. En fin, no falta alguna imprecisión de lenguaje (¿es acertado llamar *aras* a los mangos o pitorros

(6) LUIS DIEGO CUSCOY, *Adornos de los guanches. Las cuentas de collar*. Revista de Historia, X, 1944, págs. 117-124.

de los gánigos guanches?; en las págs. 144 y 149 tenemos que *Norte* esté por *Sur*); y en conjunto encontramos que la redacción peca de prolija. Preferiríamos un estilo más conciso que haría mucho más fácil hallar los datos exactos que uno busca. No hacemos cuenta de errores de compaginación debidos a la separación de los autores y la imprenta, aunque son igualmente funestos para el lector: las figuras 26 y 32 están cambiadas, los pies de las 29 y 30 corresponden a la parte alta y baja del grabado respectivamente, en lugar de izquierda y derecha del mismo, como aparece. Las citas de la fig. 26, en la pág. 151, se refieren a la 23. Vallga decir, en cambio, que otras erratas son escasísimas.

Con mucho acierto, siendo la obra de arqueología de primera mano, es sobria en doctrina y deducciones generales, que no serían oportunas. Y aún, en este terreno, no aprobamos la excesiva preocupación de los autores por la unidad cultural de las islas; así, es inadmisibile la observación contenida en la pág. 185: en la isla del Hierro "no deben existir las cuentas de collar de barro cocido como en Tenerife, por no prestarse los materiales térreos de que allí se dispone".

Pero esto es excepcional. Al felicitar al Comisario provincial nuestro compañero Álvarez Delgado por el primer libro de arqueología de las islas de su demarcación, intentaremos contestar a una alusión que acaso nos hace en el prólogo, cuando califica duramente a los depredadores pseudoarqueólogos, y a los que han tratado de darles valor. A los primeros no nos sentimos con ánimo de defenderlos; para abonar a los segundos nos permitiremos por una sola vez traer aquí un adagio catalán: "del perdut treu-ne el que en puguis".

E. SERRA

Mapa topográfico nacional a escala 1: 50.000.
Hojas números 1.092, 1.093, 1.099 y 1.122, correspondientes a la isla de Fuerteventura.

No hace falta ponderar la importancia de los mapas como base del estudio racional de un país, y, por tanto, la trascendencia del Mapa Topográfico Nacional, del cual acaban de aparecer cuatro hojas correspondientes a la Isla de Fuerteventura, precisamente la menos conocida; de ahí nuestra satisfacción, pues al mismo tiempo que se inicia una realidad largamente deseada se anima la esperanza de poder ver las cuarenta y ocho restantes que representarán el resto del Archipiélago.

Las Canarias, que durante mucho tiempo han ostentado la categoría de Tierra Occidental, donde se situaba el primer meridiano, figuraron siempre en los mapas generales de todos los tiempos, pero esta repre-

sentación quedaba reducida a indicar su situación y carecía de valor respecto a sus características intrínsecas.

Ya en el siglo XVIII comienza la preocupación por fijar exactamente tanto su posición como su contorno, y algunas veces también el interior; de estos intentos los más afortunados son los del gran geógrafo español López y del francés Borda, pero es en el siglo XIX cuando el gran canariólogo Sabino Berthelot publica sus *Atlas de Canarias*, como digno complemento a su magna obra hecha en colaboración con Barker Webb, *Histoire Naturelle des Iles Canariës* (París, 1836-50).

Con poca diferencia de años (1849) publica Coello, en colaboración con Madoz, el mapa de Canarias como parte de su Diccionario Geográfico, mapa bastante aproximado al de Berthelot, aunque lo mejora en algunas cosas. Tiene también gran influencia de López, pero nombres mucho más abundantes, principalmente en las zonas costeras.

A fines del siglo pasado se inician los levantamientos topográficos por los correspondientes servicios del ejército, pero éstos se han dedicado fundamentalmente a las dos islas principales, Tenerife y Gran Canaria, cuyos resultados son magníficos mapas inéditos a escala 1:50.000, y reducciones publicadas a 1:100.000, unos y otras, por desgracia, de uso reservado o limitado. Los de las restantes islas son defectuosos, aun dentro del carácter general de estos mapas militares preocupados por el relieve, pues además de sus muchos errores son muy escasos en nombres. No han sido editados.

Aparte de los citados no podemos olvidar los mapas hechos para ilustrar obras dedicadas a Canarias, total o parcialmente, como Sapper, Hernández-Pacheco, Fernández Navarro, etc., de gran valor algunos de ellos. Tampoco faltan mapas hechos a base de los anteriores pero que no representan adelanto en la cartografía canaria.

El gran paso es el Mapa Topográfico a escala 1:50.000, bastante adelantado por lo que respecta a la Península, pero que en cuanto a Canarias ha tardado mucho, siquiera en iniciarse. De las hojas a que comprende Fuerteventura, las publicadas son: 1.092, "Cotillo", extremo NW. de la isla; 1.093, "Lobos", con el islote de este nombre y un trozo de la costa de enfrente; 1.099, "Puerto de Lajas", estrecha faja costera del NE.; y 1.112, "Jandía", que abarca la península de este nombre, en el extremo sur de la isla.

Veamos los rasgos fundamentales que nos presentan dichas hojas:

1.092—"Cotillo".—Abarca esta hoja una pequeña extensión de terreno correspondiente al NW. de Fuerteventura con un ancho máximo de N. a S. de 10 kms. y de E. a W., en su máxima tampoco llega a 16 kilómetros. Ocupa sólo el extremo inferior-derecho de la hoja. Esta representa la costa del extremo N. de la isla, que acusa bastantes entrantes y salientes, aunque no son muy pronunciados; alternan las caletas con las puntas o lenguas de tierra que las separan; tiene el carácter propio de

una costa rocosa formada por materiales lávicos modernos; donde estas lavas no han llegado al mar, la costa es baja y arenosa. Partiendo de N. a W. aparece la playa y puerto de Corralejo con el grupo de población más nórdico de la isla. Una vez pasado el saliente arenoso que protege al Puerto de Corralejo comienza la zona rocosa, y alcanza pronto la punta de la Tifosa, que constituye el extremo Norte de la isla. Entre la Caleta del Bajo Almejillón y la playa de Majanicho vuelve la costa a ser de dunas arenosas, pero a partir de Majanicho las lavas irrumpen en ella hasta Punta Aguda, donde vuelve el dominio de las dunas que se mantiene hasta Cotillo. En esta zona describe un accidentado arco que se curva hacia el Sur, donde alcanza el saliente de la Punta de la Ballena o del Tostón, entre dos acusadas caletas que le dan forma de Península. Sólo la parte próxima al Puerto del Cotillo está libre de arrecifes, los cuales bordean el resto de la costa hasta una distancia máxima de poco más de un kilómetro.

La mayor parte del suelo está cubierto de lavas modernas, conocidas en el país con el nombre de "malpaíses", las cuales deben ser todavía recientes, pues aun no están invadidas por la vegetación. Como hemos dicho, por el Norte llegan al mar por dos lugares: el del W., entre Punta Aguda y Playa de Majanicho, y el del E., entre Caleta de Bajo Almejillón y el Charco de Bristol, por tanto hacia el Norte entre este malpaís y el mar queda un pequeño espacio de dunas constituido por el Jablito, Laderas del Purgatorio, Laderas de Vera y las Vistas. Por el W. las lavas se detienen poco antes de llegar al mar para dejar otro espacio ocupado por dunas. Hacia el Este ocurre por el estilo, quedando también entre el mar y el malpaís una faja de dunas. Únicamente en el borde meridional de la hoja queda una pequeña zona libre, tanto de malpaís como de dunas, si exceptuamos el minúsculo manchón de dunas al Sur de Lajares; precisamente en esta parte es donde únicamente aparecen, aunque escasas, las tierras de labor que alternan con el erial a pastos; el ancho de esta faja oscila entre los 250 ms. y los dos kms.

El suelo no presenta grandes desniveles, únicamente surgen en diversos puntos los signos típicos de las montañas volcánicas, las cuales, aunque de rápida pendiente, no alcanzan grandes alturas; así vemos que el pico culminante es Calderón Hondo, a 272 metros de altura. Le hace pareja Montaña Colorada (245 m.) en el extremo SW., de una alineación de conos en dirección SW. a NE. La mayor parte de estos conos aparecen con el nombre de Calderas, hecho que indica su carácter de cráteres todavía conservados. Un poco más al Norte y separada de esta alineación aparece Montaña Colorada, de sólo 151 metros. Fuera de los Malpaíses encontramos en el extremo SE. la montaña Atalaya de Huriamén (160 m.); y en la parte SW. hay un pequeño grupo: Montaña de la Mareta, Montaña La Costilla, Montaña del Roque y Morro de Diego Armas (194 m. la más alta).

Toda la zona de malpaís y en algún lugar situado fuera de ella, está recorrida por paredes que limitan los diversos "cotos" o "suertes", nombres dados a las diversas fincas o heredades, cosa lógica debido a la abundancia de la piedra suelta, o de fácil extracción.

La escasa población se agrupa, por un lado, en dos puertos: de Corralejo en el NE. y el de Cotillo o del Tostón en el SW, y, por otro, en las dos pequeñas aldeas de Lajares y Roque en la faja meridional, fuera del dominio del malpaís; los cuatro son pequeños y el de Lajares el más desarrollado. Cotillo, que da nombre a la hoja y el más poblado, sólo figura en 1940 con 466 habitantes. También figuran algunas casas aisladas y el pequeño grupo de Majanicho junto a la playa de su nombre. Estos núcleos están unidos mediante caminos de herradura. Todo este territorio pertenece al término municipal de La Oliva. Los nombres de algunas tierras de labor aparecen acompañados del apelativo "Rosa", en recuerdo de su origen, aunque por la pronunciación típica de Canarias la "roza" ha quedado transformado en "rosa".

1.093—"Lobos".—Poco espacio ocupan las tierras en esta hoja: el pequeño islote de Lobos y una faja de seis kms. de largo por dos y medio kms., en su anchura máxima, correspondiente a la Isla de Fuerteventura se reparten el honor de estar representados en esta hoja, en la que se asoman por su extremo inferior izquierdo, aunque también está presente Lanzarote mediante 150 metros de la Punta del Papagayo que asoma por el borde Norte; así señala el estrecho de la Bocayna que separa a Lanzarote de Fuerteventura y Lobos.

La faja de terreno que corresponde a Fuerteventura es simplemente la prolongación de la zona de dunas al pie del malpaís que hemos reseñado anteriormente al hablar de la hoja correspondiente a Cotillo, por tanto corresponde al NE. de la isla. El suelo, cubierto de dunas, es poco accidentado y bajo; sólo por el extremo SW. aparece la curva de nivel de los 60 ms. La costa es baja y arenosa, bordeada de arrecifes, los cuales en algunos puntos llegan a distar kilómetro y medio de la línea costera. Ningún establecimiento ni labor humanas se señalan en esta parte de la isla que pertenece al término municipal de La Oliva.

La isla de Lobos emerge próxima a Fuerteventura; el canal del Río que sirve de separación sólo tiene dos kms. de anchura, aunque si medimos esta distancia entre los arrecifes que circundan ambas islas queda reducida a menos de medio k. El largo máximo del islote no llega a los tres y medio kms. por un ancho que tampoco alcanza los dos kms.; tiene una forma casi triangular bordeada de arrecifes y casi sin playas. Cerca de la Punta Martín, que marca su extremo N., se encuentra un faro, mientras en el extremo S. y frente a unos roques se encuentra El Puertito, constituyendo ambos los únicos establecimientos humanos no sólo del islote sino de todas las tierras que aparecen en la hoja.

El accidente más importante de este islote, cuyo relieve es bajo, lo

constituye la montaña de la Caldera, de 122 ms. de altura, en el extremo W. Las tierras bajas del resto del islote aparecen onduladas por pequeños mogotes que oscilan entre siete y cuarenta y cinco ms. de altura. El suelo es estéril, pues no aparecen señales de vegetación ni de cultivos, y sí los signos de erial, pero sin la indicación de estar dedicados a pastos.

1.099—"Puerto de Lajas".—Otra hoja donde las tierras ocupan muy poco espacio; solamente figura una faja de terreno que oscila entre uno y tres kms. de anchura a lo largo de todo el borde izquierdo de la hoja; tierras que corresponden al tramo más nórdico de la costa oriental de la isla y que pertenecen a los términos municipales de La Oliva y Puerto de Cabras.

La línea de costa no presenta sinuosidades pronunciadas; la más acusada es la ensenada del Puerto de Lajas, que con su pequeño caserío da nombre a la Carta. En general es rocosa con pequeñas playas, excepto en la zona situada frente a Montaña Roja (312 m.) que es acantilada, donde las curvas de nivel arrancan desde la misma línea del agua.

El nivel del suelo se va elevando a partir de la costa hasta una altura de 60 a 120 m., registrada al borde de la hoja, con la excepción citada de la Montaña Roja situada en la parte N. de la zona que examinamos, la cual sirvió de vértice geodésico de primer orden; constituye dicha montaña un cráter abierto al W. de forma semicircular o de medialuna, su borde N. lo señala en Barranco de las Pilas, a partir del cual se extiende una zona de dunas. El Barranco de la Sabina, que nace en el fondo del cráter, describe una curva para rodear la montaña por el S., extendiéndose a continuación el Malpaís de la Roja que, sin embargo, no presenta el carácter de manto lávico muy reciente, pues tiene la indicación de erial y no la correspondiente a lavas sin modificar por los agentes externos. El resto hasta el extremo S. de la hoja no presenta accidentes importantes, únicamente pequeños barrancos atraviesan estas tierras.

La mayor parte del terreno es erial de escasos pastos, excepto en el Malpaís de la Roja y en la zona de dunas del Norte de esta montaña. Aunque poco extensas hay algunas tierras de labor, en parte circundadas de paredes. Algunas aljibes almacenan el agua de las lluvias para cubrir las necesidades de hombres y animales que en número escaso viven a costa de estas tierras.

La población aparece muy diseminada y, como hemos dicho, muy escasa, tanto que no hay ninguna entidad que figure en el Nomenclátor de 1940. El núcleo más importante es Puerto de Lajas, perteneciente en la actualidad al municipio de Puerto de Cabras y anteriormente al de Tetur que desapareció como tal, agregado todo su término al citado de Puerto de Cabras. Sin embargo en algunos nomenclátos anteriores figuran entidades que aparecen indicadas en esta hoja, como los Llanos de Guigüey, Laderas de Time, Rosa de la Monja, Rosa de Juana Sánchez y Rosa de las Arenas, aparte de otras casas más dispersas, todas ellas de la

branza. Lo mismo podemos decir de la parte correspondiente al municipio de La Oliva, cuyas diseminadas casas de labranza fueron comprendidas bajo el nombre de la pequeña zona en que estaban enclavadas. Así, las entidades de población de Tinojay, Tarajalito, El Jablito, Malpaís de la Rosa, todos han desaparecido del último Nomenclátor. A pesar de que en él se suprimió el concepto de "edificios diseminados".

1.122—"Jandía"—Abarca esta hoja el extremo SW. de la isla de Fuerteventura a partir del istmo de Matas Blancas, el cual no está incluido totalmente; comprende toda la Península de Jandía. De todas las hojas reseñadas ésta es la de más alto interés, no sólo por abarcar mayor extensión de terreno, sino también por ser una unidad física completa, al mismo tiempo que una de las zonas menos conocidas del Archipiélago, a pesar de que existe una descripción bastante completa hecha por Justo P. Villalba en 1868 y que a la vista de la hoja demuestra lo poco que ha cambiado su "habitat", que apenas ha sido afectado por los grandes cambios habidos en el grupo humano que puebla el resto del Archipiélago.

En cuanto al relieve, se puede observar con todo detalle el violento talud del muro montañoso, que recorre toda la península en arco tendido desde el NE. al SW. y casi paralelo a la costa de Barlovento, o sea la del NW., y cierra sus extremos sobre el mar en acantilados que alcanzan ochenta ms. de altura al pie de la Montaña de la Aguda en la parte meridional; la parte septentrional es más baja, sin embargo en la zona de Tierra Mala, el Morro de la Cagada se alza a 419 m., a menos de un kilómetro de la costa, lo mismo que el Morro de la Burra, de 515 m., a poco más de un km. del mar. La parte central de la línea de crestas se aleja un poco de la costa, y da lugar a una zona menos inclinada entre el mar y el pie de esta alineación. Su aspecto parece confirmar la tesis de Benítez Padilla, que considera esta península como un semicráter cuyo fondo es esta zona más llana de Cofete. En la parte central de la alineación se encuentran las mayores alturas de la península y aun de toda la isla: Pico Jandía (807 ms.), Pico del Fraile (683 ms.). A partir del extremo Sur en Montaña de las Talahijas (189 ms.), separada del resto por la Degollada de Agua-Cabras, sigue elevándose a través de Montaña de Azufra, Sierra Valluelos, Montaña de la Aguda (441 ms. de altura y a poco menos de medio km. del mar), hasta alcanzar por una serie de picos las citadas alturas culminantes. A partir de Pico de Jandía comienza a descender hasta Morro del Rinconcillo (218 ms.) y Loma de la Ruda (273 ms.), donde empieza el dominio de El Jable, zona de duna donde se levantan bastantes conos de pequeña altura.

El descenso desde esta línea de montañas hacia la costa de Barlovento o NW. es rapidísimo, si bien va siendo menos violento el talud a medida que se acerca a la costa, sobre todo en la parte central. En esta vertiente y en la parte próxima a las mayores alturas las curvas de nivel se amontonan, indicando desniveles de cuatrocientos metros en espacios in-

feriores a medio kilómetro, y, sin embargo, no presenta abarrancamiento.

La vertiente correspondiente a la parte convexa es mucho más tendida, pues llega a alcanzar como máximo siete kms. entre la línea de cumbres y el mar, mientras que en la parte opuesta este máximo es sólo de dos y medio kms., lo cual a la vez indica la posición excéntrica de la alineación montañosa. A pesar de la mayor distancia al nivel de base, el terreno es aún más accidentado que el de la otra vertiente, gracias a los profundos barrancos que en forma radial descienden desde las cumbres, separados por agudas aristas que reciben con gran propiedad el nombre de "cuchillos"; estos cuchillos no suelen llegar al mar y su final recibe el nombre de "espigón"; cuando la arista no es tan aguda recibe el nombre de "tablas", en lugar de "cuchillos". Los espacios un poco más llanos próximos a la costa reciben el nombre de "tableros". Los barrancos más importantes de N. a S. son: el de Pecenescal, separado del de Valluelo por el Filo de Pecenescal; la divisoria del Cuchillote separa al Barranco de Valluelo del Valle de los Canarios; a continuación encontramos el Valle de Mal Nombre, separado del de Esquinzo por la divisoria de la Aguililla; Valle de Butihondo, separado por la Tabla de Vinamar, del valle de este nombre; El Cuchillo del Ciervo separa al valle del mismo nombre del Gran Valle; a partir de aquí ya son menos largos, y el más importante el de Jorós.

En los minúsculos valles del fondo de estos barrancos hay algunos cultivos y casas. Todo el terreno aparece como erial, excepto los pequeños cultivos de Cofete, en la vertiente N., y de Gran Valle, Valle Esquinzo, Valle de Mal Nombre y Valle de los Canarios, en la parte de sotavento.

Están indicados varios manantiales, pero todos están juntos a las altas cumbres o en la vertiente NW., por lo cual pudiéramos deducir que el buzamiento de las capas está en dirección a la concavidad de la alineación. Estos manantiales son más abundantes en la parte NW. del extremo N. de esta media luna montañosa.

La península termina por un pequeño llano, el del Cotillo o de La Argostura, que ocupa la parte más occidental de la península y de la isla.

Las costas se presentan acantiladas en gran número de tramos y alcanzan su máxima altura de ochenta ms. frente a la Montaña de la Aguda, en la costa de Barlovento; sin embargo existen algunas playas, como la de Cofete, en la misma costa, pero éstas son más abundantes en la costa de sotavento, sobre todo entre Matas Blancas y Punta del Matorral o del Morro Jable, punto más meridional de toda la península, la cual termina hacia el W. en dos puntas, la más nórdica la del Pesebre y la más meridional la de Jandía (con un faro); la zona situada entre ambas está llena de arrecifes y su límite externo alcanza poco más de un kilómetro.

La población es muy escasa; el Nomenclátor de 1940 la agrupa en dos entidades: Cofete (13 habitantes de hecho) y Morro Jable (450 habitantes de hecho); sin embargo esta agrupación es arbitraria, está mucho más

dispersa y en el Nomenclátor de 1930 figuran varias más. En la vertiente NW., aparte del caserío de Cofete, sólo aparecen cuatro casas dispersas; pero en la otra vertiente, aparte de Morro Jable y Puerto de la Cebada, que están juntos, hay algunos grupos, como Puerto de la Cruz, cerca de Punta Jandía; Cueva de la Negra; casas de Jorós, en el valla de su nombre; casas del Gran Valle; casas del Matorral, con salinas y hornos de cal; casas del Ciervo; casas de Butihondo; casas de Esquinze; casas del Mal Nombre; casas de los Canarios de Arriba; ídem de los de Abajo; casas del Valluelo, y casas Pecenesca; también aparecen otras casas aisladas, sin formar grupo, en el fondo de los valles. Administrativamente dependen del término municipal de Pájara.

Leoncio AFONSO

Luis de HOYOS SAINZ y Nieves de HOYOS SANCHO.—“Manual de Folklore”, Manuales de la “Revista de Occidente”, Madrid, 1947, 602 páginas + XXII láms., 22 × 16 cms.

El nutrido volumen que nos ofrece “Revista de Occidente” viene a llenar un vacío en la bibliografía del folklore hispano. En realidad no disponíamos de una obra en la que se sistematizasen de tan cabal manera, por el hilo de una rigurosa ordenación científica, los innumerables problemas que afectan a materia de tal amplitud como es “lo popular”. Otros intentos llevados a cabo en nuestro país—recordemos solamente *Folklore y costumbres de España*—responden a otro criterio: a servir, bien que dignamente, una suma de monografías.

Tiene, pues, la obra del profesor y académico Hoyos Sáinz y de su colaboradora un primario y señalado valor: el de totalidad, si bien a éste es preciso añadirle otro: su carácter de guión, con el que habrá de familiarizarse necesariamente todo investigador.

La investigación folklórica en España ha girado en torno a determinados núcleos regionales: el gallego, andaluz, vasco, catalán, etc. Cada núcleo ha tenido sus maestros y, hasta cierto punto, han surgido escuelas de carácter propio y perfectamente definido: Cataluña y Vasconia podrían servirnos de ejemplo. Con todo, las publicaciones no se ordenaron en la medida que fuera de desear y el campo bibliográfico ofrecía un espectáculo de dispersión y diversidad. Se precisaban dos soluciones urgentes: una obra que informase ampliamente y diese normas prácticas de cómo hay que auscultar el doble ritmo del corazón del pueblo y el modo de tratar los materiales de aquella procedencia.

Esto último no podía realizarlo sino quien tuviese una larga historia

profesoral, circunstancia que unida a una larga historia de investigador se dan en Luis de Hoyos Sáinz. La presencia de su hija, Nieves de Hoyos Sarcho, como colaboradora en *Manual de Folklore* es la natural consecuencia de lo que se acaba de decir.

Esta breve introducción, dirigida a dar cuenta de la aparición de tan interesante obra, ha de servir para que el lector se percate de la trascendencia de la misma. Su contenido es el siguiente: la primera parte está dedicada a métodos y teorías folklóricas; son de particular interés los capítulos VI y VII, donde se analizan ampliamente dichos métodos. En la segunda parte se trata el folklore descriptivo, y en la tercera la etnografía descriptiva. Creemos que en los ocho capítulos de esta tercera parte, por su carácter de incursión a través de los ámbitos de la cultura material del pueblo, está la estructura de esta sólida obra. Al final se incluyen índices de gran utilidad para el marejo de *Manual de Folklore*, aunque todavía insuficientes, y entre ellos uno de colaboradores y correspondientes.

Era natural que en *Manual de Folklore* hallásemos alusiones y citas referentes a las islas. La investigación de "lo popular" en Canarias es de fecha bastante reciente: se inicia en 1935, con una encuesta difundida por el Instituto de Estudios Canarios y animada por el superior espíritu del Dr. Elías Serra Ráfols. En torno a este animador de nuestro paisaje cultural fueron surgiendo inquietudes y afanes que han cuajado en obras de verdadero mérito. En la actualidad contamos con destacadas figuras que se mueven dentro de los límites de rigurosos métodos de investigación. Es, por lo tanto, casi de esta hora nuestra incorporación a trabajos de la naturaleza que nos ocupa, y como consecuencia, recientes nuestras aportaciones al común hacer nacional. Aunque meritorias, las obras realizadas son escasas y limitadas. *Tagoro*—la espléndida publicación del Instituto de Estudios Canarios—, la serie "Tradiciones Populares", del mismo Instituto; *Revista de Historia*; "El Museo Canario", de Las Palmas de Gran Canaria, y, últimamente, "Revista de Dialectología y Tradiciones Populares", del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, han tenido y tienen a su cargo el ir difundiendo el fruto de las investigaciones insulares.

Hay que atribuir a estas circunstancias el que las aportaciones canarias no hayan llegado a tiempo de entrar ampliamente en *Manual de Folklore*: excepción hecha de la expresa cita de *Tagoro*, casi toda la demás bibliografía está ausente de la obra de Hoyos. Asimismo son limitadas las alusiones a determinados hechos: hallamos referencias en el capítulo de *Brujas y brujetas*, aunque en las islas este campo esté poco o nada explorado; breves citas acerca de prácticas abortivas, del lenguaje silbado de La Gomera, del *Serinoque* y del *Santo Domingo* e incompletas noticias sobre la cocina canaria. En *La golosinería en España* no se cita a las islas, y resulta oportuno recordar a este respecto el último trabajo

de José Pérez Vidal titulado *Conservas y dulces de Canarias* y que será aquí oportunamente comentado. Para el traje popular recoge con acierto las noticias que da Andrés de Lorenzo-Cáceres en *Tagoro* sobre las láminas de Alfred Diston.

A pesar de todo, a los autores de *Manual de Folklore* no se les escapa la especial situación de las islas: "La insularidad de Canarias—escriben—y el ser nudo con la geografía peninsular y africana, y aun con la americana, dan extraordinario valor a lo folklórico y etnográfico del archipiélago, rico, como tal vez en ninguna región de España, en libros de Geografía e Historia..."

Manual de Folklore cumple la finalidad para que fué redactado. Y con la felicitación para sus autores, enviamos la gratitud que se les debe por tan espléndida y generosa lección.

Luis DIEGO CUSCOY

Pino OJEDA.—"Niebla de sueño". Poesía. Madrid, 1947. Ediciones de la revista "Mensaje", de Tenerife.

Las pulcras manos del impresor Aguirre, de los más finos que en Madrid editan, han cuidado de este libro de poesía que su autora me ha enviado con atenta dedicatoria. *Niebla de sueño* es una maravilla editorial de finura, detalle y al mismo tiempo de sencillez. Hace mucho que un libro tan bien hecho no caía en mis manos.

Conocía literariamente a Pino Ojeda por la inolvidable revista "Mensaje", bajo cuyo numen ella publica su libro. La autora es una entera mujer apasionada, hondamente apasionada, y su libro casi es el breviarío o la gráfica de ese vendabal candente que se eleva a temperaturas altísimas hasta bajar a las sinuosidades grises de la melancolía o la nostalgia. Poco firme a veces de oído vacilan los endecasílabos de los sonetos en los que la medida o la distribución de acentos aminoran el valor poético de la composición. Más segura se mueve en el verso libre y alcanza delicados primores en un poema como el 23:

¡Cómo quisiera ser tus pequeñas cosas!
 El aire que te roza y te acaricia.
 El polvo que te sigue y se te posa.
 El agua que desciende y te penetra...

Alguna vez el mundo tangible y corpóreo en que la poetisa se mueve lo advertimos sublimado:

Te alcanzo y te me escapas.
 Te llamo y a mi voz responde el eco.

Otras, un broche femenino sale de sus manos:

En una nube
lejana
esta tarde está sentado
mi corazón.
Una nube cercana
a tus ojos,
que copian el perfil
lejano
de mi corazón.

M. R. A.

Agustín MILLARES SALL, Pedro LEZCANO,
Ventura DORESTE, Angel JOHAN, José María
MILLARES.—“Antología cercada”. El Arca. 1947.
Las Palmas, Tip. Alzola.

Bellamente impresa y muy cuidada nos llega la *Antología cercada*, que recoge la obra última de cinco poetas jóvenes de Las Palmas. Cercada es, en efecto, esta poesía juvenil y agónica. Una poesía civil, de tiempos duros, que gritan unos hombres jóvenes y caben en el mismo lugar en que otros hombres tejen un soneto vacío, de participios en “ado”. El mundo es ancho...

Gallarda y viril siempre la poesía de Agustín Millares martillea el ritmo seguro, que jamás se pierde ni vacila, de sus estrofas de cuatro o cinco versos; con un brío de soldado que marcha toca Millares el clarín de sus versos:

Decidme que el amor será la arteria
de los pasos del hombre en el futuro...

Más subjetivo, el hermoso poema de Lezcano se ata a las fuentes de la vida en *Tierra a mujer*:

Y aprendieron los mares el temblor de sus senos,
y los astros el ritmo de sus hondos andares,
y aprendieron los mares
en su vientre a ser anchos y en su frente serenos.

De tono civil o acaso social—pero de una tópica social un tanto de pasquín—es la angustiada poesía de Doreste. Es el oasis cercado, como una pasadilla, se oye la misma lápida de un mundo carcomido donde: “son ya los hombres lobos de los hombres”, aunque surgirá de la vieja Sodoma la

ciudad de cristal. La misma canción es *La eterna canción*, de Angel Johan: "Angustia de tinieblas en ronda de silencios". Tras este hermoso verso el poeta advierte:

Hay páramos y yermos y nieve en las montañas
y playas sin arenas y mares sin bonanzas.

Y como una negación al sombrío presente, el ansia de la soñada madrugada:

Después, un mundo nuevo.
Después el sol en alto y la alegría.
Después un grato sueño.

Estrangulada en imágenes, la canción cobra sangre de nuevo en la poesía de José María Millares. ¿Estamos en el umbral de una tópica? ¿Vuelven a añorar los hombres, de nuevo, aquella edad dorada de Saturno, del *Sicelides Musae*, de *La destrucción de Indias*, que dió sus destellos de ocaso en las bardas del discurso del Caballero de la Mancha a los cabreros...?

Sea tello lo que fuere, esta poesía cercada no es pródiga en esencias líricas, sino en profundos acentos humanos. Recuerda la cara externa que frente a la interna se conjugaba en la poesía del siglo XIX, donde cabían los *Gritos de combate* al lado de las *Rimas*. La poesía que está cercada en esta inquietante antología no es una poesía de experiencias. Es una poesía de esperanzas.

M. R. A.